

La expresión del rostro de Santa Severina es perfectamente «severa», rígida y agria por completo, la santa «severinidad» en persona; por lo que, paradójicamente, me gusta, y desde luego mucho más que su edición paralela y mejorada, el cardenal Roberto Bellarmino. Evidentemente Santa Severina sufre por sí mismo y por lo que considera su obligación; Bellarmino, por el contrario, hace mucho tiempo que ya no tiene la verdad en mente, y que lo único que sigue preocupándole es la *administración* de la verdad, las estructuras eclesiásticas, los gabinetes de la diplomacia, las decisiones oportunistas de un cálculo político del poder.

Al cardenal de la Inquisición aún logro comprenderlo, pero ese Bellarmino me resulta completamente extraño. Puedo entender que se me tenga encerrado en la celda de esta cárcel, y me va ganando el convencimiento de que aquí tengo que pudrirme vivo, justamente porque, como hereje, no merezco nada mejor, pero que alguien como Bellarmino, que acaba de ser nombrado cardenal, pueda entrar en esta cueva mortuoria con guantes blancos, envuelto en un dulce perfume, con rostro amable y voz suave, para interesarse galantemente por mi estado de salud, es de una maldad desmedida.

Oigo decir que Bellarmino es un canonista, el mayor de su tiempo. Y oigo decir que Bellarmino ha demostrado un gran coraje, pues su obra maestra, las *Disputationes*, hasta fue puesta en el índice de libros prohibidos en tiempos de Sixto V por haberse opuesto al integralismo papal y, en contra por ejemplo de la opinión de Paulo IV, haber admitido sólo una potestad indirecta del papa en asuntos civiles. Es posible que este jesuita sea de hecho espiritualmente más moderno, esté mejor formado, sea más culto y dialécticamente más agudo que el rectilíneo y fácilmente previsible Santa Severina. Pero cuando la agudeza se trueca en astucia, la agilidad en futilidad y la espiritualidad en juego ingenioso, ¿qué se puede esperar de un hombre así? Lo más tarde dentro de tres días el cardenal Bellarmino hará ejecutarme, y estoy intrigado por saber con qué palabras expresará su «pesar» por el «episodio desagradable» e «innecesario». No, ni siquiera más adelante dejará de querer haberme matado; estará bien contento de que yo esté muerto.

Si alguna vez quiero entender lo que a lo largo de todos estos años ha ocurrido dentro de estos muros de piedra de la prisión romana, tendré que meterme en la mentalidad de ese hombre. Todo el proceso lleva su firma. No desea mi muerte; de ello también yo estoy convencido. Pero tendrá que quererla, porque yo soy así. Y eso no me lo perdonará nunca. Sus hermosos guantes blancos se ensuciarán con las cenizas de mi cuerpo quemado, y nunca ya podrá tenerlos limpios.

De una vez por todas rechazo el que continúen preguntándome sobre si ésta o la otra opinión coincide con la doctrina defendida por esa pretenciosa Iglesia. Es la propia Iglesia la que ha de preguntarse si sus enseñanzas coinciden con la realidad. Así están las cosas. Pero la búsqueda de la verdad no es precisamente lo que tienen en su pensamiento esos dignatarios de la Iglesia; y el cardenal Bellarmino es sin duda el mejor ejemplo -más propio sería decir el peor- de ellos. ¡Si al menos al comienzo hubiera sido posible discutir con él sobre la grandeza del alma humana o sobre la grandeza del Universo!

Pero, nada de eso; no, nunca, en forma alguna. ¡Qué hombre tan verdaderamente curioso!

Es diferente de todos los demás. No se atormenta como Santa Severina, no me escucha como el padre di Saluzzo; por el contrario, mira siempre de una manera tan amable que parece estar dispuesto a ofrecer un vaso de vino tinto a un amigo. Suave y galante, cultivado y noble, transmite siempre una impresión de magnanimidad, humanidad, cultura y hasta tolerancia. Y, sin embargo, a mí me parece precisamente el más falaz de todos. Por el mero hecho de no afrontar realmente ninguna cuestión. Planea por encima de todo. Su pregunta nunca es la de si algo es verdadero o falso, sino, más bien, la de qué puede ocurrir si algo se tiene por verdadero o por falso. No le interesa lo que pasa en realidad, sino cómo lo ven los ojos de los gobernantes. Ni siquiera parece advertir la monstruosidad que supone el que con tal actitud convierta cualquier idea filosófica en un instrumento del poder. En cualquier caso, estoy convencido de que en la vida de ese hombre no ha habido ni un solo segundo en el que haya pensado que toda su teología no es otra cosa que una ideología del potentado. Para él es una evidencia inmovible, un axioma fundamental de su pensamiento, una certeza

indiscutible, que Jesucristo ha fundado la Iglesia católica de Roma, y que, precisamente por ello, en el papado romano se proclama a los hombres la sabiduría de Dios. La basílica de San Pedro, esa fantasmagoría inacabada de todos los papas de este siglo... El cardenal Roberto Bellarmino se siente, sin duda, llamado a terminarla espiritualmente, un Michelangelo de la teología, por decirlo de alguna manera, por lo menos un verdadero artista bajo los jerarcas, la clave de bóveda de esa prisión medieval del espíritu, cuyo guardián y alguacil es él en especial.

Existen verdades que Bellarmino jamás entenderá: por ejemplo, que en la libertad entra la duda, y en la búsqueda el derecho a equivocarse, y en la vida la posibilidad de fracasar, y en la fe la inseguridad y el riesgo, y en el amor la muerte y la resurrección, y en el ser humano el cambio infinito, y en el espíritu la obediencia respecto del propio ser, y en Dios el ocultamiento y el silencio, y en la Iglesia de verdaderos creyentes el respeto y la consideración a la convicción, la singularidad y la libertad del otro... Bellarmino sólo entenderá que han de tenerse en cuenta determinadas leyes arquitectónicas para tender un arco de medio punto o una bóveda en la construcción de una iglesia, y que -en analogía con lo que se requiere para mantener unido y disponible de forma coherente a un grupo de personas- se necesitan ciertas ordenanzas, decretos, constituciones y preámbulos, de acuerdo con los cuales han de disponerse como las piedras en un muro. Para un cardenal como Bellarmino, el epicentro de la Tierra, el centro del universo, es la Plaza de San Pedro; el propio Espíritu Santo ha puesto su morada en los aposentos vaticanos; y si alguien lo pone en duda, más le valiera que le colgasen al cuello una piedra de molino y lo arrojaran al Tiber (Mateo 18,6). Consiguientemente, y puesto que el Espíritu Santo ha establecido su morada en el centro del mundo, para él, Bellarmino, lo único que ahora puede importar es continuar construyendo y rematar con la mayor belleza y proporción ese lugar.

Sólo con tales supuestos mentales del absurdo puedo yo entender cómo un esteta y un hombre de ingenio de la talla del cardenal Bellarmino ha podido irrumpir precisamente en el campo del derecho y de la política, diríase que para montar con una belleza aún mayor la piedra preciosa del buen Dios, que para su satisfacción lleva ya en su anular. La Iglesia cual

joyero del buen Dios, ésa es la idea capital de su vida, a la que subordina todos los otros intereses y por la que, si fuese necesario, pasará -y deberá pasar- pisando cadáveres. Pues, por desgracia, los hombres no sirven como piedras de adorno en la joya de la corona que son sus construcciones teológicas. Los hombres no se agrupan como una «sociedad perfecta» en torno a la posesión espiritual del santo padre, sólo porque así le gustaría al cardenal Bellarmino.

Recuerdo cómo viví de niño la procesión del Corpus Christi. en Nola. El párroco nos había mandado a los niños que llevásemos la mayor cantidad posible de flores de todos los colores, para formar con ellas alfombras variopintas y cubrir todas las calles por las que sería llevado el Santísimo. Pero a mí me daban lástima los tulipanes, las rosas y los pensamientos y no quería arrancar sus abigarradas y maravillosas hojitas; me parecía un acto de crueldad matar flores.

«¿Por qué tú no has traído flores?» -«¿Porque encuentro que vivas son tan hermosas!» Y toda la clase se echó a reír.

Todavía hoy estoy convencido de que a Dios se le honra mucho más con la variedad desbordada de la vida que con los arreglos artificiosos de algo muerto. Dios tampoco habita en un trozo de pan muerto que se encierra en un viril de oro. Pero en el pan que mi madre partía en la mesa de nuestra pequeña casa de Nola y que distribuía entre nosotros los niños, sí que había un cierto sabor de Dios; y en su dulce «¡Toma, Filippo» sí que había una palabra transformante más eficaz que el *Hoc est enim corpus...*, que el sacerdote murmura solemnemente sobre el altar. En todo lo que vive, vive algo de Dios, que pasa sin cesar y alienta en las cosas de su creación. No es en absoluto necesario convertir esa experiencia maravillosa de la vida en una fiesta especial, como le gusta hacer a la Iglesia en cualquier ocasión.. Más bien habría que enseñar a los hombres a considerar las fiestas de la Iglesia como hechos fundamentales de su propia existencia. De hacerlo así, dejarían de ponerse como flores cortadas bajo los pies de los servidores de la Iglesia, quienes, en su delirio de servir así a Dios de una manera especial, han llegado a pisotearlas y aplastarlas contra la tierra, de la que salieron como frutos ya marchitos. El espíritu artístico de Bellarmino es más cruel aún que

el fanatismo de los inquisidores; justifica hasta la monstruosidad de transformar a los hombres en bloques y estatuas de mármol para adorno de la basílica de San Pedro. Pero un Bellarmino eso nunca lo comprenderá; puede en efecto, justificarse la aniquilación del alma, si con ello se salva para la vida eterna. El «irse enfriando» de una persona puede incluso ser de provecho, si la lava enfriada puede después tener un uso arquitectónico. Oh, mi querida Diana, vestal y sacerdotisa de mi fuego sagrado, tú has salvado las brasas incandescentes de mi corazón a lo largo de meses y años hasta esta misma hora. Ellos pueden aniquilarme; pero no me matarán, porque jamás podrán tocar tu misterio.

Toda la lentitud con que se arrastra ese proceso romano sólo puede entenderse como cálculo de Bellarmino; cuanto más tiempo se prolongue mi estancia dentro de los miserables muros de esta cárcel, más me arrastrará la corriente de Leteo como a un muerto y más me borrará de la memoria de los vivos. De haberme ya ejecutado hace siete años, habría que haber contado con amotinamientos y protestas en muchas de las ciudades en que he trabajado: Toulouse, París, Londres, Wittenberg, Praga, Helmstedt o Francfort (182)

Pero, gente como Bellarmino ¿es creyente en realidad?

Bellarmino se jacta de poder conocer por la revelación de la Biblia cómo está hecho el mundo. En vez de reconocer que toda revelación de Dios sólo puede ser reflejo de la luz en el espejo del espíritu humano, y que en consecuencia tiene que depender de la naturaleza de dicho espejo, toma las representaciones gráficas de la Biblia por la misma realidad mundana. El, el espíritu culto y con formación estética, el cardenal de la Curia Romana que se cree progresista, este canonista supremo de su generación, se muestra en realidad tan estrecho de miras, tan supersticioso y ambicioso de poder como los demás teólogos de la Inquisición. Cual si personalmente se sentase en el lugar de Dios, sabe y dicta la disposición del mundo, y en esa posición infinitamente dichosa no considera naturalmente necesario enfrentarse por más tiempo con mis argumentos. Y así espera que cualquier cosa que yo diga o escriba será «refutada» sin

más por otros «filósofos» de la Iglesia; o, si ello no se lograra plenamente, en mis tesis se trataría simplemente de posibilidades inteligentes de pensamiento, que ya desde el comienzo de la creación, como él sabe, han sido refutadas por la realidad misma.

Una «fe» como la que encarna Bellarmino no consiste únicamente en el rechazo de la búsqueda de la verdad sobre la disposición del mundo; una «fe» así va más allá de la simple prohibición de investigar la verdad. Así de arrogante, así de cínico y mortífero puede resultar un puro concepto teológico de revelación en manos de los funcionarios eclesiásticos de la verdad frente a todas las personas pensantes. Toda la Inquisición no es otra cosa que el terror del espíritu. por miedo al pensamiento.

Mas, por eso precisamente, ese cardenal Bellarmino, que parece tan sereno, que se infiltra con tanta simpatía y que habla con tanta claridad, es sobre todo un producto del puro miedo, un ideólogo del rechazo al pensamiento y al diálogo. La prueba de esta afirmación la proporciona su mismo comportamiento personal.

A los ojos de la mayoría pasa por ser una autoridad prestigiosa; basta con citarle en los seminarios eclesiásticos, y resulta ya superflua cualquier reflexión ulterior en las mentes de los candidatos al sacerdocio. Pero si fuese realmente la personalidad en que todos le tienen, ya habría llevado, lo más tarde en marzo de 1597, mi proceso a algún tipo de desenlace.

Pero ¿qué es lo que hizo?

En aquel tiempo. el papa tenía otras preocupaciones que las cuestiones de la infinitud del mundo. A su Santidad le inquietaban mucho más las fronteras demasiado reducidas del Estado de la Iglesia. En Ferrara acababa de extinguirse la línea legítima de la casa Este. ¡Qué feliz casualidad para la Iglesia! A toda prisa trasladó Clemente VIII su residencia a Ferrara, para demostrar así, con su asentamiento en el lugar, la pretensión de la Iglesia a la posesión de la ciudad. Durante medio año esa usurpación de nuevas propiedades absorbió por completo a la Santa Sede, y durante todo ese tiempo también el señor Bellarmino se estancó en las actas de mi proceso sin hacer nada. Ni se atrevió a tomar una decisión por cuenta propia,

ni permitió que otro emitiera una sentencia válida. Apenas se había ausentado la autoridad paterna, ese gran maestro de agudezas jurídicas actuó en la indefensión más completa, demorando una y otra vez las decisiones. Todo su pensamiento es pura obediencia y dependencia, seguidor de unas instrucciones y nunca actuando por propia iniciativa. Esto lo sé desde entonces. Jamás ha sentido en su rostro el menor soplo de la libertad de espíritu. Todo su encanto es pura fantasmagoría. Si un pintor pretendiera hacer un retrato auténtico de un personaje como Bellarmino, tendría que pintar a un jovencito, con una cabeza gruesa y canosa sobre un cuerpo que no envejece nunca. «¿Qué debo pensar, Santo padre? ¿Qué tengo que decir, Santo Padre? Intentaré justificar todo lo que vos queráis, Santo Padre...» Ésa es la genuina vida espiritual de ese niño grande que se esconde bajo la capa de un cardenal. Ahora bien, una plenitud de poder como la que posee la Iglesia significa, en las manos de niños juguetones, una humillación permanente de todo aquello que tiene un tamaño realmente humano.(190-192)

¿«El Espíritu de Cristo ha fundado la Iglesia»? ¿«El Espíritu de Dios asiste de continuo a la Iglesia»? «El Espíritu de Dios introduce a la Iglesia en toda la verdad de lo divino»

Pero, ¿qué «Iglesia» sería ésa? ¡No ciertamente esa sociedad operativa de príncipes-arzobispos odiosos y violentos, que la rompen con sus ergotismos! Toma nota, Roberto Bellarmino; lo que es verdad no lo define ya la Biblia; lo que es verdadero en la Biblia tiene que legitimarse ante la razón humana. Lo que es bueno y lo que es malo no lo dictamina ya una comisión formada por cardenales y teólogos, se decide por la medida de humanidad que se alberga en el corazón de cada uno.

¿Me oyes? (321)

Roberto Bellarmino, una vez más ahorrará a tu alma chiquita una sacudida demasiado violenta. Mañana, sin duda, no estarás presente, para ver cómo me estalla el cráneo entre el chisporroteo del fuego y por la presión de los gases de mi cerebro quemado. Pero deberías verlo. Al menos una vez, deberías comprobar lo que es capaz de hacer tu excelso derecho canónico. Tu Iglesia asesina y mi vida eterna... ¡Si hay un Dios trino,

también él será una sola cosa en ese contraste! Ciertamente, yo no soy más que un hombre; y no tengo la fuerza de la síntesis; yo represento sólo mi parte como tu antagonista, Bellarmino, aunque también está Dios de mi parte. ¡Sí, porque mía será la victoria! En tu favor sólo habla un Dios caduco y pasado; en el mío habla la divinidad del futuro. En tu Dios ya no creará nadie, como no sea bajo el asalto exterminador de tus propios miedos y pesadillas. Pero mi Dios hará su morada en el corazón de los hombres y les enseñará el amor, del que yo todavía no he sido capaz.

Por lo que a mí se refiere, sigo mi camino hasta el final: a un lado el bosque de abedules, junto a mí los campos de cultivo, cubiertos por la nieve de fulgor azulado. Tú me recogerás, cardenal, pues tú eres para mí la muerte en persona, y tu bala invisible, perfectamente dirigida, hará blanco entre mis omoplatos. En el sueño era una muerte fría y sin dolor, bien distinta de la muerte entre las llamas del montón de leña. Un breve período de tiempo es el que todavía nos separa, a ti, el verdugo, y a mí, tu víctima. (335)

**Eugen Drewermann**

*Giordano Bruno o el espejo del infinito*

Pág. 167-182